

Nestorio fue un teólogo cristiano oriental, nacido en la región de Cilicia (Asia Menor) a finales del siglo IV y nombrado Patriarca de Constantinopla en el año 428. Su reacción contra la doctrina herética de Arrio, llamada arrianismo, le llevó a caer en una concepción extrema de sentido contrario, defendiendo la existencia en Jesucristo de dos personas distintas, una divina y otra humana.

Esta opinión fue considerada también herética, y su principal crítico, Cirilo de Alejandría, consiguió la condena de la doctrina nestoriana y la deposición de Nestorio de su sede por el tercer Concilio de Éfeso (año 431).

Los principios de la Apostasía en Oriente y las herejías del siglo V quedan perfectamente explicadas por Ludwig Hertling en su *Historia de la Iglesia*. Sobre el capítulo dedicado al Nestorianismo, podemos leer lo siguiente: *Antioquía, la gran metrópoli de la Siria occidental, había sido desde un principio patria de importantes teólogos. En la historia de la teología se habla de una escuela antioquena, en oposición a la escuela alejandrina. Pero no hay que pensar que en Antioquía funcionara algo así como una facultad o institución de tipo universitario. Es verdad, sin embargo, que los teólogos antioquenos tienen un rasgo común, a saber, una cierta tendencia al racionalismo. Particularmente en la exégesis bíblica, rechazaban la interpretación alegórica desarrollada en Alejandría por Orígenes. El gran San Juan Crisóstomo era antioqueno. Uno de sus maestros había sido Diodoro, que murió en 392 siendo obispo de Tarso, y uno de sus condiscípulos era Teodoro, el futuro obispo de Mopsuestia, en Cilicia (muerto en 428). Mientras San Juan Crisóstomo jamás se apartó de los dogmas tradicionales, Diodoro y Teodoro tentaron nuevos caminos en la especulación cristológica. Aunque cada uno a su modo, ambos intentaron resolver el problema cristológico en el sentido de que la segunda Persona divina, el Logos, se había establecido en el hombre Cristo, de manera que en éste hay que distinguir dos personas, una divina y otra humana.*

Por el momento, se trataba sólo de tesis puramente académicas. Tanto Diodoro de Tarso como Teodoro de Mopsuestia, murieron como prestigiosos obispos y en paz con la Iglesia. Pero otro antioqueno, el monje Nestorio, después de ser nombrado obispo de Constantinopla en 428, puso al pueblo en contacto con las nuevas ideas teológicas, al predicar que no debía darse a María el título de Madre de Dios, ya que su maternidad se refería sólo al hombre Cristo, pero no al Logos divino que en este hombre se había alojado.

Esto suponía atacar la fe católica en uno de sus puntos más sensibles, y la excitación provocada fue en seguida muy grande. El obispo de Alejandría, San Cirilo, en la pastoral que los preladados de esta diócesis solían publicar anualmente por Pascua, llamó la atención sobre la nueva herejía, informando de ella al Papa Celestino I (422-433). Se requería una intervención tanto más enérgica, por cuanto el autor de la peligrosa doctrina era nada menos que el obispo de la capital del Imperio. No anduvieron remisos en ello ni el Papa Celestino ni Cirilo de Alejandría.

El 11 de agosto de 430 el Papa escribió al obispo de Constantinopla, conminándole a que en el plazo de diez días después de haber recibido la carta, abjurara por escrito de su doctrina, so pena de quedar excluido de la Iglesia católica. El documento lo envió a Alejandría, encargando a San Cirilo de llevar a cabo la gestión. Si Nestorio se negaba a firmar la declaración que se le pedía, Cirilo debía cuidar de que se designara un nuevo titular de la sede de Constantinopla. El Papa le invitaba, además, a que enviara copias del escrito en que se le daban plenos poderes, a los patriarcas de Antioquía y

Jerusalén, así como al primado de Macedonia, “a fin de que sea conocida nuestra sentencia sobre Nestorio, o sea, la divina sentencia de Cristo sobre él”. Ante este proceder, difícil es negarse a reconocer que los papas de la antigüedad se sentían a sí mismos como representantes de Cristo ante toda la Iglesia.

San Cirilo de Alejandría aceptó el encargo del Papa y compuso doce tesis, los doce famosos anatematismos, que propuso a la firma de Nestorio. Nestorio se negó a subscribirlas y, para salir al paso a su inminente deposición, indujo al Emperador Teodosio II a convocar un concilio ecuménico. Contaba con que entre los obispos faltaba unanimidad, y sobre todo se fiaba de la ayuda de Juan de Antioquía, que se había mostrado disconforme con los anatematismos de Cirilo.

El Concilio se reunió el día de Pentecostés del año 431 en la catedral de Santa María de Éfeso. Cirilo estaba presente, pero no había llegado aún Juan de Antioquía con sus obispos sirios. San Cirilo, que se sabía respaldado por el Papa, declaró enseguida abierto el concilio, contra el deseo del Emperador y desoyendo las objeciones del comisario imperial. Con asistencia de ciento noventa y ocho obispos, ya en la primera sesión condenó la doctrina de Nestorio y dictó su deposición. Unos días más tarde llegó Juan de Antioquia y, asistido de cuarenta y tres obispos y el comisario imperial, inauguró un antisínodo que a su vez depuso a Cirilo. En el entretanto habían llegado los legados papales, que se adhirieron al sínodo de Cirilo, y éste excomulgó a Juan y a sus partidarios. El concilio se disolvió, quedando así las cosas.

Perplejo el Emperador ante esta situación, empezó dando su aprobación a los dos sínodos, que se habían excomulgado mutuamente. Pero obedeciendo a la inspiración de su piadosa y prudente hermana Santa Pulqueria, pronto abandonó a Nestorio y lo hizo sustituir por un obispo católico, al tiempo que revocaba la sentencia de deposición de Cirilo. Poco después éste se reconciliaba con Juan de Antioquía: aceptó la confesión de fe del antisínodo, a la cual nada había que objetar, y por su parte Juan se declaró conforme con la sentencia contra Nestorio. San Cirilo demostró en esta ocasión que lo único que le interesaba era la cosa en sí, y que en modo alguno estaba poseído de aquella desatentada ambición que algunos historiadores modernos le atribuyen. Con su audacia y rapidez en la acción demostró cuán acertada había sido la elección del Papa, al poner en sus manos los asuntos e intereses de la Iglesia en Oriente. Si pudo evitarse un cisma dentro de las fronteras del Imperio, debióse a su intervención enérgica y decidida. Sólo más tarde una especial concatenación de circunstancias permitió al nestorianismo cobrar nueva vida en Persia, allende las fronteras.

Nestorio fue confinado en Antioquía y más tarde en el desierto de Libia. Murió en la región de la Tebaida, en Egipto, el año 451.

Los seguidores de la doctrina nestoriana eran muchos, y aumentaron tras la muerte del Patriarca, extendiéndose especialmente por Siria. Las persecuciones sistemáticas a que fueron sometidos supuso la expulsión de los nestorianos de esa región, muchos de los cuales hallaron refugio en Persia bajo la protección de los Sasánidas. La Iglesia nestoriana floreció hasta el siglo XIV y se extendió en su misión hacia Arabia, Turkestán, India, China y Mongolia¹.

¹ Marco Polo cuenta, a finales del siglo XIII, que en la ciudad china de Fugíu conoció muchas familias cristianas, y a partir del siglo XVII, los franceses, holandeses o ingleses que llegaron a comerciar en China dieron también testimonio de la presencia de estas familias nestorianas. Incluso hoy en día existen en Estados Unidos descendientes de estos nestorianos; se trata de los llamados *caldeos separados*, vinculados a la Iglesia ortodoxa rusa y dirigidos por un patriarca propio.

La conservación y difusión por parte de los nestorianos del legado griego queda perfectamente explicado en el libro comentado anteriormente del Dr. Ramon Parés, *Cartas a Nuria. Una Historia de la Ciencia*: "En el Imperio de Oriente se hablaba y se escribía en griego, pero una lengua griega que evolucionó mucho. Muy pronto el griego clásico solo fue accesible a las clases más cultas, y dentro de estas hubo algún comentarista de Platón y de Aristóteles, pero su obsesión era la teología y evidentemente los libros de los antiguos griegos no les eran de gran utilidad.

Los seguidores de la doctrina del patriarca de Constantinopla Nestorio fueron perseguidos, y una vez fue declarada la doctrina como herética, la mayoría de sus seguidores tuvieron que exiliarse.

Los reyes Sasánidas desaparecieron con la invasión musulmana, pero los nestorianos continuaron después de esta, constituyendo la verdadera conexión entre el mundo antiguo y el Islam. La mayoría de los escritores nestorianos dominaban el griego, el sirio y el persa, y conocían bien a Hipócrates y Aristóteles, y también a Platón, Euclides, Arquímedes y Ptolomeo.

El primer periodo del imperio musulmán fue presidido por la casa de los Omeyas (661-749) y durante él los sabios nestorianos se trasladaron a Damasco, sobre todo los médicos. Allí fueron a parar también una serie de judíos y tanto estos como aquellos adoptaron a menudo nombres árabes.

Con la llegada de los Abásidas (año 750) se llegó al periodo de mayor esplendor, poder y prosperidad del Islam, pero culturalmente fue el período en que más se absorbió el conocimiento griego y sirio. En esta época, la gran familia nestoriana de los "Bukht-Yasu", que perduró hasta finales del siglo XI, persuadió a los califas para propagar la ciencia médica de los griegos en todos sus dominios.

Los traductores nestorianos de los años 750 al 850 ya dominaban también la lengua árabe, y entre ellos, Ibn Masawaih, el Juan Mesua de los autores latinos, tradujo al árabe las obras médicas y científicas escritas en sirio, las cuales eran las traducciones griegas del siglo anterior.

El califa al-Ma'mūn (813-833) creó en Bagdad una escuela de traductores, con una gran biblioteca. El hombre más destacado de esta escuela fue Honain Ibn Ishaq (809-877), que también era nestoriano, y tradujo al árabe muchos escritos hipocráticos, toda la obra galénica y varias obras de Aristóteles y el *Almagesto* de Ptolomeo, entre otros libros de astronomía y matemáticas, los cuales fueron los originales de los cuales se obtuvieron las correspondientes traducciones latinas medievales en occidente.

Los califas de Bagdad se esforzaron en buscar manuscritos griegos por todos lados y traducirlos al árabe. Hay que tener en cuenta que también estuvieron muy influenciados por las culturas hindú y china, y parece ser que fue a través de unos prisioneros chinos que hicieron los árabes durante una campaña militar en el Turquestán que estos aprendieron el método de fabricar el papel.

Así, a mediados del siglo VIII se instaló la primera fábrica de papel en Samarkanda y de allí se extendió hacia Occidente. Unos 150 años más tarde encontramos por primera vez el nuevo material en Sicilia y en España, de donde se iría extendiendo por toda Europa. El papel constituye durante los siglos VIII y IX una revolución cultural hasta cierto punto paralela a la que se produciría en el siglo XV como consecuencia del descubrimiento de la imprenta.